

Los elefantes del Kilimanjaro (7/7)

Por Falso

Al salir del aeropuerto Nyerere, nos esperaba un muchacho negro. Su letrero decía: "Justina, Tiago, Andrés". Era de noche. Traía una chamarra negra. Rogerio se acercó hacia él. Contrario a lo que pude imaginar en el vuelo, el cielo era morado opaco y la humedad me enfriaba la espalda. El viento, o lo que alcanzaba a colarse entre viejos edificios blancos, olía a aceite y su sonido era nuevo para mí. Dice que debe llevarnos al cruce de Kwalaza, gritó Rogerio. Clara asintió como si ya lo supiera de antemano.

Traté de memorizarme el trayecto, cada calle por la que dábamos vuelta. La ciudad era como cualquiera y, de pronto, la noche nos tenía en medio de la estepa de Tanzania. Estoy en África, pensé, bajé la ventanilla y jalé aire. Algo en el pecho me vibró. Después de media hora de carretera, al pasar un cruce de ferrocarril, el automóvil se detuvo. Detrás de nosotros, fuera del camino, una camioneta negra nos hizo el cambio de luces. Bajamos y, casi de inmediato, el muchacho dio la vuelta y aceleró, dejándonos a la intemperie.

Una silueta de pelo largo bajó de la camioneta. Tiago, Justina, soy Jorge, gritó una voz mexicana. Nos acercamos.

Antes de subirnos, Clara me tomó del brazo. Quiero hablar contigo, dijo. Espérenme un rato, les gritó. Caminamos hacia adentro de la estepa. Nos alejamos de la camioneta y nuestras caras se dibujaron con la luz de la luna sobre nuestro sudor. Me abrazó y luego me agarró los dos brazos.

-Dustin.

-¿Qué pasó?

-No puedo creer que estemos aquí.

-Yo tampoco, Clara.

-No puedo creer que me hayas seguido hasta el final.

-No me espantes...

-Oye Dustin, pensé en ti todo este año, quise buscarte pero no sabía cómo hacer para que no me malinterpretaras, así que me decidí por otra persona para que me acompañara a este viaje.

-¿Cómo?

-Espera... Cuando te vi en el Acantilado, me preocupé muchísimo. Me sentía invisible en Oaxaca y verte hizo que volviera a verme en la realidad. Como lo supuse, escucharte hizo que me dieran ganas de volver a verte, no podía dejarte ya, necesitaba que me acompañaras y eso me puso en un aprieto. Ocupas el lugar de otra persona en este viaje. Quiero que lo sepas antes de seguir.

-¿Quién?, ¿Rogerio?

-No, Rogerio me trajo a mí, espera... Cuando me contaste tu vida y sobre todo tu sueño, me convencí de que tú debías venir conmigo. Siempre lo supe. Por suerte no fue difícil convencerte, eran claras tus ganas de escapar por completo de tu vida. Eso facilita el proceso.

-¿Cuál proceso?

-De asimilación.

-¿Asimilación de qué?

-Dustin, ¡vas a ser un Elefante! Eso no te suena a nada en este momento pero eres privilegiado, créeme, serás parte de la memoria del mundo. Tu instinto de supervivencia te arrojó hacia mí.

Su sonrisa era distinta, natural, no parecía una broma. Detrás de mí, pude sentir la presencia de Rogerio y Jorge. Sus sombras empezaron a crecer. Clara me agarró con más fuerza y tuve que empujarla para quitármela de enfrente. Corrí hacia el par de árboles que completaban el paisaje

desolado. Jorge se me aventó encima, me atrapó por las piernas, y no me soltó hasta derrumbarme. Rogerio me sujetó las manos por la espalda, mientras Jorge empujaba mi cabeza hacia la tierra. Olía a hormigas. Llegó Clara corriendo, espérense, dijo, no es para tanto. Sacó una jeringa y puso su punta en mi yugular. Tienes suerte Andrés, ocupas el lugar de mi hermano. A medida que entraba el líquido, frío y denso, mis músculos perdieron fuerza. Me inmovilicé, mi vista se apagó paulatinamente; no podía mover ningún músculo, salvó los párpados. Los cerré y luego los abrí para intentar despertar, pero no ocurrió nada, seguía allí, en los sonidos de la estepa. No te preocupes Andrés, es sólo anestesia de un veterinario, dijo Clara y me besó una mejilla. Es para que no conozcas el camino. El tacto desapareció. Rogerio me cargó hasta meterme en la camioneta. Cerraron las puertas por dentro. Dejé de oler, dejé de sentir el viento. Jorge arrancó la camioneta y me di cuenta que todavía podía escuchar. Oía la respiración de Clara muy cerca de mí. El sabor a tierra se fue diluyendo en mi lengua. Quería gritar, pero el efecto aumentaba y todo mi ánimo desaparecía. Comencé a escuchar la circulación de la sangre por mi cuerpo. Sentía que flotaba en el espacio, lejos de la Tierra. El sonido del motor vibraba a lo lejos, las tres voces retumbaban de un lugar a otro en mi interior. ¿Cómo crees que reaccione? No lo sé. Tal vez vuelva de inmediato a Oaxaca. Corriendo. Seguro, después de salir del Kilimanjaro la primera vez, enloquecí, quería encerrarme en mi casa. A mí me dio por salvar al mundo, de aprovechar el tiempo al máximo. Qué ingenua. No. ¿No? Lástima que el tiempo se acaba. En cuanto empecé a creerle a los Elefantes, yo me *submergi*, emmmmm, quiero decir que comencé a meterme drogas. Es que una vez que te haces a la idea, Tiago, no puedes caminar por la ciudad como si nada, ¿no? Para nada. Claro, yo

tampoco. ¿Qué podrá hacer Andrés? Nada. Nada. También creo que nada. Tendrá millones de dudas. Todo su mundo perderá sentido. O no. Oye, Andrés, espero que te gusten las drogas duras. ¡Cállate! ¿Cómo puedes decirle eso? Es que el impacto es horrible. Es angustiante. No, es genial. Lo bueno es que lo dice quien tiene años adentro. Es que es cierto, es genial. Aunque Andrés podría no creernos. Yo creo que sí lo creerá. ¿Terminará entrando a voluntad? Sí. ¿Qué hará en cuanto salga esta primera vez? No lo conozco bien. ¿Él qué hace? Escribía un reportaje, pero en el fondo quería escribir una novela. ¿Tú crees? Sí, me lo dijo. Yo creo que enloquecerá, como yo. No, estoy segura que le servirá la Propuesta de los Elefantes, sabrá terminar su reportaje. O su novela. Querrá aprovechar el tiempo. O la imaginación. Estará triste. ¿Quién le hará la Propuesta? El mismo que a ti. ¿El doctor Aira? Ajá. Qué locura. Andrés todavía tiene los ojos abiertos, ¿no sería mejor que los cerrara? No ve nada. ¿No hay problema si se queda dormido? Ah, sí, oye Andrés, si sientes sueño puedes dormirte, no hay ningún problema. Espero que no esté espantado. ¿Cómo no va a estar espantado? Justina, dile algo. Ya lo hablamos, sabe que todo va a estar bien, ¿verdad Andrés? Entonces dile que cierre los ojos, me espantan. Andrés, cierra los ojos, trata de dormir. Sé que nos veremos pronto, Andrés. Pronto. Muy pronto, Andrés. Dulces sueños.

Empiezo a sentir el pecho, mis músculos se contraen. Me siento, siento mi cuerpo. Abro los ojos. El suelo es de concreto. Estoy sentado en una silla de ruedas, en un pasillo estrecho con techo bajo. Respiro aire acondicionado. Levanto

la mirada, los muros son de vidrio, detrás de ellos hay vegetación. Algo se mueve en el follaje. Sobre mis piernas está la maleta que saqué de mi cuarto en Oaxaca. Jorge le mete billetes. Es dinero de Tiago, me dice y luego me pasa la mano por los ojos. No los muevo. Puedes ver, Andrés, muy bien. No veo a Clara por ninguna parte. Hace muchísimo frío. A lo lejos se escucha un barullo ensordecedor, parece que toda la música estuviera sonando al mismo tiempo. Jorge toma mi cabeza, me ve y de inmediato me inyecta en la yugular. Quiero gritar, pero no puedo, de nuevo estoy inmovilizado. Árboles detrás del vidrio, tierra, bromelias, patas de elefante. En el follaje un pájaro dodó se difumina. La vista se me esfuma. Estoy en una especie de invernadero, en evanescencia, en nada. No te espantes Andrés, estamos adentro del Kilimanjaro, verás a Justina y a Tiago tarde o temprano. No estás apunto de morir ni nada parecido, yo diría que todo lo contrario. Disculpa el trato, pero no podíamos dejar que supieras dónde está nuestro Kilimanjaro, no es el volcán, es una metáfora. Sé que puedes escuchar. Tienes ganas de salir corriendo, ¿verdad? No te preocupes, a todos nos ha pasado. Yo soy un técnico en computadoras. Estoy encargado, junto con otros, para memorizar un software que permanecerá oculto al mundo hasta que sea propicio. De hecho, no sé si te lo había dicho, pero acá todo es oculto. Ya no existimos. Somos los Elefantes del Kilimanjaro.

Soy una cabeza flotando en el universo, su voz de Jorge vibra en mi cuerpo, por eso puedo escucharlo.

Mira Andrés, nos encargamos de resguardar la memoria del mundo. El proyecto suena bastante loco, ¿no? La idea es llegar a 5126 miembros, cerramos las puertas y luego las abriremos hasta el 2013. Según Justina, ¿me escuchas?,

Justina te trajo porque dice que estás preparado. ¿Estás preparado? Muy bien, entonces andando.

Jorge toma la silla de ruedas. Avanzamos demasiado rápido para mi percepción, lo que me hace pensar que estamos de bajada con respecto a la superficie de la tierra. Es confuso. Cada cierto tiempo, entran sonidos nuevos, como si cruzáramos varias puertas.

Escucho que entramos en un espacio grande, de techo alto. Muchas voces discuten a lo lejos. Es un panal de abejas, varias canciones de diferentes géneros al mismo tiempo, gritos, voces en diversos tonos.

Escucho unos pasos suaves. Alguien se acerca a nosotros.

Él es el doctor Aira, Andrés, es el encargado del área a la que vas a pertenecer.

Dustin, querido, ¿qué te trae por aquí?, dime qué sos.

Es periodista, señor.

¿Periodista? No puede ser. ¿Otro más? Bien.

Vino con Justina.

Ya lo sé Jorge, yo también hice mi tarea. Hoffman, querido, te diré lo que sos: un afortunado, un feliz afortunado, te recomendó una de las personas más genuinamente locas que conozco adentro de nuestro Kilimanjaro. Bueno, sólo después, tal vez, de unas seiscientas catorce. Imaginás que por eso estás aquí, ¿no es cierto? Veremos que tan buena es mi memoria, tu nombre es Dustin Ramírez, oaxaqueño, periodista, y, según los informes de Justina, con una memoria cada vez menos bloqueada por los traumas y la capacidad necesaria para alterar tu vida de la noche a la mañana. Pero Dustin, mi querido Hoffman, en realidad estás aquí porque nadie notará tu ausencia. En fin, eso es lo que dice el informe de Justina. Quiero aclararte que la forma en que ella te reclutó no es como yo deseo que lleguen los Elefantes al

Kilimanjaro, en realidad somos un poco más selectivos, no nos dejamos llevar por pavadas sentimentales. Aquí queremos gente genuina, excéntrica y con un bagaje amplio. Aceptamos la propuesta de Justina porque no nos queda de otra. Además, tener dos Justinas en este volcán suena muy bien, ¿cierto? Eres una Justina, ¿me entendés? Similar a ella. Por otro lado, no me parece nada mal, Justina intuye que tienes una memoria prodigiosa, sólo dice que tenés que relajarte. Tus ganas de evadir la realidad, apunta ella en su informe, te ayudarán a confrontarla, a la realidad. Ahora, a lo que viniste, ¿me acompañas a la oficina?

Escucho cómo toma la silla de ruedas y recorreremos varios pasos. Cada cierto tiempo, una discusión vibra en mi cuerpo. El espacio está lleno de debates. Muchísimas voces. Música de todas partes retumban en mi cuerpo, todas las palabras que emiten, todas las frases recorren mis vísceras.

Entramos en un espacio pequeño. Una puerta se azota. Ya no se escucha nada. Un gato ronronea. Es mío, dice la voz del doctor Aira. Escucho cómo lo levanta y lo saca. De nuevo cierra la puerta. No te asombres todavía. Ahora, querido Hoffman, te diré cuál es la situación, después de hablar conmigo te sacaremos de aquí y la decisión de volver a entrar será tuya. Aterrizarás en Zurich, así que de allí vos decidís si volvés a México o te das tus vueltas, no nos interesa, o sí nos interesa pero es tu decisión. Tu fecha de entrada definitiva al Kilimanjaro está proyectada para el nueve de julio del 2009. ¿Te parece? No está proyectado, se me acaba de ocurrir, pero te recomiendo que lo aceptes, no estoy dispuesto a discutir nada, quiero ahorrarme toda la saliva que pueda contigo. Pero ya que estoy divagando, te cuento que si decidís volver, Jorge te esperará el 9 de julio del 2009 a

las 5:55 de la tarde, en el reloj inglés de la plaza San Martín en Buenos Aires. Recordálo muy bien. Si estableces ese contacto, amanecerás adentro del Kilimanjaro y serás Elefante como todas las voces que has escuchado aquí. No entendés nada, ¿cierto? Me encanta esta situación. Esto es un sueño, ¿cierto? Es la realidad. Te explicaré a toda prisa. Pero una vez que termine de hablar, Dustin querido, tendrás que tomar una decisión. Será fácil. Son dos opciones: sí o no. ¿Entendido? Mirá, comenzaré por el principio. Vos decidís si creés o no en todo esto, pero escucháme: En el 2012, el universo entrará en una vibración distinta a la de ahora. La tierra cambiará de polos magnéticos. No sólo habrá terribles catástrofes, guerras internacionales, escasez de recursos naturales y hambruna. ¡La mente del ser humano será alterada magnéticamente! Se perderá la memoria de la humanidad. Escucháme. Esto ha pasado antes en el mundo, ese cambio de vibración ocurre cada 5126 años. Y le ha tocado a nuestro 2012. No será el fin del mundo, pero será el fin de la memoria. ¿Te das cuentas?, ¡es el final de la vida como la conocés! Ya sé qué estás pensando, boludo, esa voz que escucho está majareta, ¿cierto?, este tal doctor Aira es un desquiciado. Sólo te digo una cosa: las únicas mentes que no serán reseteadas en el 2012, son las que estén adentro de nuestro Kilimanjaro, ¿vio? De aquí salieron los sobrevivientes del último reset, hace 5126 años. De aquí caminaron rumbo a Egipto, rumbo a Mesopotamia. Todo lo anterior a ese año, lo tenemos totalmente olvidado, salvo lo poco que pudieron transferir aquellos. De aquí también salió Gilgamesh. ¿Qué majareta, cierto o no es cierto? Podés creerlo o no, pequeño Dustin, pero aquí viene la Propuesta. ¿Querés ser un Elefante del Kilimanjaro? Es imposible demostrar nuestra hipótesis, así que si intentás divulgarlo,

loco, serás un inadaptado, te tratarán como a un desquiciado, te cerraremos las puertas y vivirás el cambio de vibración en un manicomio. Así que silencio, ¿entendés? Ahora que vuelvas al mundo real, tenés que tratar a tu memoria con cuidado. ¿Te das cuentas? ¿Ves la responsabilidad que tenés si decidís entrar? Todas esas discusiones que escuchás a lo lejos, todo ese barullo, son debates acerca de lo que vale o no la pena ser memorizado, de lo que es digno de sobrevivir al *reset*. La fecha se acerca y la presión aumenta. Todos andan trastornados. Ya cuando estés adentro, te diré, querido Dustin, tendrás que defender lo que recuerdas, si no, por lo menos ayudarás memorizar lo de otros. También almacenarás lo que recuerdes de tu mundo cercano en nuestra base de datos, qué comías, qué veías, qué escuchaste, cómo amaste, dónde odiaste. Una vez afuera, serás un divulgador de tu mundo y te llamarás Andrés. Si te convertís en Elefante, Hoffman, serás patrocinado para sobrevivir, no tendrás que preocuparte de aquí al 2013, que es cuando saldremos a la superficie. Si todo fue una mentira, volveremos a nuestras casas como si nada hubiera ocurrido. Y sí es verdad, recorreremos el mundo para divulgar la memoria de la humanidad. Cuano estés adentro, verás que todo es verdad, pero tienes que entrar para saberlo. Nos han juntado para eso. Es difícil encontrar a Elefantes potenciales, gente tan deschavetada que acepte una propuesta como ésta. Hay cientos de secciones. Ésta, la tuya, es Castellano-Humanidades, y está coordinada por el doctor Aira, esta voz que te retumba en el estómago. Esperábamos a un sabio, francamente, pero Justina te escogió y no podemos intervenir. Tenés que volver a la vida cotidiana observando todo, ¿vivo? Llorarás cómo lo haces ahora, pero tendrás la conciencia tranquila de que todo tu mundo podrá trascender en el planeta. Tenemos poco espacio en nuestra

mente, también en nuestro ordenador. Así que ten eso en cuenta en estos tres años. Es triste, todos los sabemos, pero así es. El resto de la Propuesta es lo siguiente, tendrás que escoger a un nuevo Elefante, él o ella. Debido al tiempo, este nuevo Elefante solo entrará y se enterará de la situación, no tendrá salida. Así que tiene que ser alguien que asuma esto con tranquilidad, que esté preparado para situaciones absurdas, que tenga una memoria digna de trascender, más que la tuya, si se puede y que pueda permanecer sin sentir su cuerpo. Lamentablemente será tu criterio de selección a final de cuentas, no podemos meternos en esas decisiones, pero considera que es con quien recordarás en el futuro. Alguien que tenga una forma peculiar de ver el mundo, una ciudad, una cosmogonía, un mundo interior excéntrico o intenso. Ya se me acaba el tiempo, estás apunto de dormir. Piensa que es una apuesta, querido Hoffman, ¿entrás o no? Tenés tres años para pensarlo. Así de fácil.

El sueño comienza a cerrarme los párpados. Escucho la silla de ruedas. Las discusiones, nombres de autores, de piezas, música, los debates retumban en mi cuerpo. Una vibración en el estómago me susurra: es hora de tomar decisiones.

Abro los ojos, estoy en el asiento de copiloto de una camioneta. Salgo. Es un estacionamiento. No puedo creerlo, sigo en Tanzania. Camino hacia la puerta del elevador. Detrás de mí, siento a alguien cerca y me echo a correr. Andrés, tu boleto, grita alguien. Volteo. Es Jorge. Andrés, Andrés, tu boleto. Sales en una hora. Camina despacio hacia mí, no me

suelta de sus ojos. Toma, me dice mientras saca el boleto, extiende su brazo. Dar es Salaam-Zurich, a nombre de Dustin Ramírez. Sé que estás espantado, la anestesia que utilizamos distorsiona un poco la percepción, pero así tiene que ser. ¿Crees que alguien como Justina entraría si todo esto fuera una farsa? No contesto, me alejo. Sudo, tengo taquicardia. Nunca había estado tan asustado en mi vida, apenas y puedo sentir de nuevo las piernas. Quizás debería comenzar a correr. Está bien Andrés, me dice, todos nos espantamos. Te esperamos de vuelta. Espero verte en Buenos Aires en el 2009. Piénsalo. Puedes salvar a otra memoria. Me extiende la mano de nuevo y yo retiro la mía, asustado. Me guardo el boleto en la bolsa del pantalón. Él se intimida con mi mirada. Me dice adiós, Andrés, nos vemos. Camina hacia la camioneta y voltea a verme una vez más. Corro, no sé a dónde, corro como nunca. Miro mi boleto, entro al aeropuerto, busco mi sala de abordar.

El avión está a punto de despegar rumbo a Zurich. ¿Quién financia a toda esa gente loca? ¿Por qué seguí a Clara? No sé. ¿Por qué tenía que escuchar esa vibración en el cuerpo, ese doctor Aira? Lo único que quiero es estar en Oaxaca, en casa de mi mamá. ¿O en la ciudad de México? ¿Con Ximena? ¿Estar entre sus racionales brazos? Qué pinche locura, ¿qué gente tan loca! ¿En dónde chingados me metí? Tengo ganas de gritar. Esto no puede ser cierto. ¿O sí es cierto? Qué broma tan pesada. La sobrecarga se me acerca y brinco del susto. Me dice que debo ajustarme el cinturón de seguridad. Quiero vomitar. Me lo ajusto y endezco mi asiento. El avión comienza a separarse de la tierra. ¿Y sí es cierto lo que dijo esa voz? ¿Qué debería hacer? ¿Volver a Oaxaca? ¿Escribir

una novela como piensa Justina, digo, Clara? ¿Pedirle a Ximena a que venga al Kilimanjaro? Me da miedo que sea verdad y quedarme afuera, pero siento terror de que sea mentira y estar adentro. ¿Me entiendo? ¿Y si es cierto? ¿Puedo salvar mi memoria! Tengo sólo tres años para pensarlo. Debería aprovechar que aterrizo en Europa y viajar. Tendría que ir a la India cuanto antes, o a China, o a Egipto, o a Kuala Lumpur. ¿O sería desperdiciar tiempo para estar con mi familia?, ¿para absorber al máximo Oaxaca? ¿Debo escribirlo todo? ¿Debería salvar a mi mamá o a mi papá? ¿A mi hermano? Sería mejor conocer a alguien, una persona nueva. ¿Pero extranjera o de dónde? ¿Que la quiera o no? ¿Y si en tres años no conozco a nadie? Me da miedo morir, ¡pero me aterroriza perder la memoria! No, tranquilo, es una locura, esa gente está mal, están trastornados. Pero yo también estoy trastornado. ¿Quién es el autor de todo este trastorno? Me tiembla la quijada. Tengo frío. No puedo ni siquiera hablar, sólo respondo con gestos. ¿U-u-u-usted q-q-q-q-qué haría?, le pregunto al pasajero a mi lado. No responde, no habla español. Pero por fin pude sacar algo de mi voz. Tengo deseos de volver al Kilimanjaro. ¿O no? Quiero ser un cuerpo que flota y vibra lo que escucha. ¿O no? No no no, qué horror. Tengo que volver a casa mientras. ¿Qué pensaré de aquí al 2009? ¿Y si me muero antes? Hay tantas posibilidades. ¿Qué debo recordar?, ¿qué debo conocer?, ¿a quién? ¿Qué debe trascender a través de mí? Qué difícil. ¿Es cierto todo esto? ¿Qué es lo que debo imaginar? ¡Vale la pena mi imaginación! Soy lo que imagino. Somos lo que recordamos. Soy mi pinche memoria, ¡mi pinche memoria!, ¡no puede morir mi memoria! Se acerca la sobrecarga a callarme, los demás pasajeros quieren tranquilidad, debo dejar de gritar.

Cierro los ojos. El océano está debajo de nosotros. Soy uno de los elefantes que sostiene al mundo. Estamos parados sobre una tortuga que avanza tranquila. Me mira con su ojo. Es difícil guardar el equilibrio. Levanto mi trompa, barrito pero no escucho nada, sólo siento la vibración del sonido que proviene de mi estómago. La tortuga cierra su ojo, acelera su nado. No le encuentro límite al océano, la tortuga se cansará y nos hundiremos antes de encontrarlo. Lo siento.